

Hay que agradecer al Padre Vargas la constancia con que se viene dedicando a su colección de Clásicos peruanos, e invitarlo a contemplar la conveniencia de que las ediciones futuras presten atención creciente a los datos de vocabulario que tan útiles son para esclarecer una hora casi desconocida de nuestra literatura colonial.

Luis Jaime Cisneros

EMILIO CARILLA. *Literatura argentina 1800-1950*. (Esquema generacional). Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, 1954, 92 pps.

Otra vez sobre el método de las generaciones. Pero no nos quedamos en los conocidos periplos por los nombres de Thibaudet, Petersen, Marias, etc., sino que a algún acuerdo llegamos a través del texto. Carilla anuncia desde el principio que su esquema resulta provisional. Habrá poco que rectificar. Las generaciones vienen fundadas en hechos histórico-literarios, justificadas con razones de peso; no es un catálogo de fechas de nacimiento, que obligaría a agrupar un poco caprichosamente a hombres que, con mejor ojo clínico, deberían agruparse según criterios más científicos.

Tiene este libro el mérito de aplicar directamente el método de las generaciones, con algunas salvedades, que el autor analiza, a la literatura argentina que arranca de 1810. No significa esta fecha que el autor no crea en la existencia de una "literatura" colonial; como defiende "cierto caudal dentro de la continuidad y sucesión", y ve que ello se da con amplitud a partir de la Revolución de Mayo, se circunscribe a esas fechas.

Diez generaciones descubre Carilla en la literatura argentina del período que estudia. Las presenta con sus características, ya históricas, ya literarias. Se inicia el estudio con la generación de 1810. Es la generación de la Revolución de Mayo. Generación de periodistas. Es la hora de la lucha emancipadora; la hora de las sociedades patrióticas. Es el momento en que el buen gusto en el teatro atrae y congrega a las personas. El patrón literario es de tendencia neoclásica, y los nombres felices se llaman Quintana y Jovellanos. A esta generación pertenece un documento extraordinario, que es casi el acta de confirmación de la misma: *La lira argentina*, de 1824.

En 1821 está situada la segunda generación. Es la hora de Rivadavia, el hombre que sintetizó todos los ideales renovadores. No se habla sino de las reformas de Rivadavia. Generación liberal y progresista, es la que asiste a la creación de la Universidad, y la que defiende las ideas de libertad; una generación "empresadora, pero falta de sentido práctico". Las ideas vienen de Europa todavía. Pero las ideas salen de la Universidad. Toda la historia argentina de la cultura denuncia ese afán cultural: se crean centros culturales, se crean y se difunden bibliotecas. Preside todo este movimiento el espíritu de la Ilustración.

El punto de partida de la generación de 1837, la tercera, lo dan la edición de las **Rimas** de Echeverría y la aparición del Salón Literario. Son los hombres nacidos en 1810. Son universitarios. Los une la oposición al tirano Rosas y la expatriación. Son liberales, y ya están con ellos los primeros románticos. Son los que serán testigos del **Facundo**, y estarán subyugados por la influencia francesa. La literatura que nos ofrece esta generación es de carácter político. Es la hora del panfleto. Y es la hora profética de **Mármol** (**¡Sí, Rosas, te maldigo!**).

No hay que dudar que la de 1853 es la generación de la Constitución. Están ante las miradas de todos, Caseros y los organizadores. Es un momento aleccionador: no triunfan ahora los jóvenes. Se ha encumbrado la generación anterior. Es una hora cumulativa. Son los opositores de ayer los que ahora dirigen. Otra vez el periodismo político, pero con gana de ser constructivo. Otra vez literatura política, pero literatura de organización. Son las **Bases** de Alberdi, la **Historia de San Martín**, de Mitre. Pero es también la hora de **Amalia**, en que se retratan los que aun llevan la marca de lo que acaba de suceder. Estamos en pleno romanticismo. Vicente López tiene también sitio especial entre sus contemporáneos.

Con 1870 entramos en la quinta generación. Y con ella, viene lo gauchesco. En realidad, es una reacción contra la época constitucional: aquéllos fueron cumulativos, no "originales". Pues hay que serlo. Y ahora. Buenos Aires ha venido predominando en la vida cultural del país. Pues contra Buenos Aires, entonces. Europa ha venido dando las ideas. Pues contra Europa también. A buscar en la Argentina el impulso; en el campo, la inspiración. El romanticismo está en su hora débil. Se abre paso el realismo. Lo que queda del romanticismo, o lo que puede todavía llamarse tiene ya cierto atisbo de proyección social. Es el criollismo que triunfa. Y es, entonces, **Hernández** y su **Martín Fierro**.

Diez años dura la influencia decisiva de los gauchescos. En 1880 ya estamos frente a otro grupo, y ya vemos que Buenos Aires recobra su prestigio. Lucio V. López escribe nada menos que **La gran aldea**. Se va imponiendo la novela de influencia francesa, y la prosa abre sus puertas al realismo. Ya no el tema del campo; ahora el de la ciudad, y otra vez esa ciudad es Buenos Aires. Sin embargo, hay un matiz desconocido. Lo que interesa ahora de la ciudad es también lo anecdótico: los periódicos dan espacio en sus columnas a "notas", "impresiones". Es la gran aldea, pero desde el ángulo de sus secretos. Hay agitación intelectual. Se organizan academias y sociedades literarias. Todavía Obligado escribirá su **Santos Vega**: paisaje y campesino no totalmente en derrota. Joaquín V. González aparece contagiado de este amor por lo propio en **Mis montañas**.

Con 1896 se inicia el camino al modernismo. Gran responsabilidad hay que asignar a la inmigración. Generación es ésta combativa, que actúa en medio de gran sosiego político. La lírica ya está entregada al modernismo. Y el teatro ha vuelto a triunfar. Para luchar contra los "decadentes" se organiza El Ateneo, y es ahí donde hablará nada menos que **Rubén Darío**.

Tres nombres pueden sintetizar esta hora: Leopoldo Lugones, Florencio Sánchez, Enrique Larreta.

Las generaciones siguientes pasan premiosas. Es la de 1910, la del centenario de mayo. Síntoma: el relieve nacional. Generación de afirmación nacional, en que aparecerán —como documento insigne— **La restauración nacional**, de Ricardo Rojas, **La guerra gaucha**, de Lugones, y en la que Bianchi y Giusti buscarán congregar a todos en el magnífico esfuerzo de **Nosotros**, cerrada hoy por la dictadura.

Carilla sitúa en 1924 y 1940 las dos últimas generaciones de su estudio. La primera es la que sirve de marco a las escuelas de vanguardia, en que tiene especial importancia el ultraísmo español. Generación de contenido social y político: se funda la Sociedad Argentina de Escritores, por iniciativa de Lugones. La de 1940 es la generación cogida por la guerra civil española, de gran preocupación social.

Hasta aquí, en esquema también, el libro de Carilla. Personalmente creo que podemos convenir, en principio, con la distribución de los grupos generacionales (año más, año menos) hasta fines del XIX. No estoy muy de acuerdo en lo que respecta a las periodificaciones de este siglo. Creo que hay acontecimientos de mayor trascendencia en la vida política y cultural de la Argentina, que han bastado para congregarse en torno de ellos a los hombres. Así como Rivadavia, Rosas y Urquiza fueron hombres capaces de congregarse voluntades e influir sobre el panorama cultural del país, creo que hubo hombres y movimientos que desde fines del XIX tuvieron más fuerza que la aparición de **La gran aldea** o la creación del **Ateneo**. Hablo de Alem, Irigoyen, la revolución del 30, y la revolución bajo cuyo dominio vive hoy la Argentina actual. Son graves crisis democráticas por que ha atravesado el país, lo sé. Pero en torno de ellas se han congregado los hombres y las ideas; ellas han presidido mejor la evolución del país.

En su libro sobre las corrientes literarias de América Henríquez Ureña había defendido otra periodificación, tratando de aplicarla a América entera. Para estos periodos del XX contarían, en su caso, el de la literatura pura (1890-1920) y el de intención social (1920-1940). Estos dos podrían comprender también, con mejores razones que las defendidas por Carilla, el esquema que estudiamos.

Este trabajo permitirá estudiar nuevos aspectos de la literatura argentina, necesitados de revisión. Permitirá insistir sobre este método de las generaciones. Permitirá revisar la bibliografía para ver en qué medida muchas de las consideraciones que la crítica alemana y francesa actualizaron a propósito del tema, habían sido expuestas en América, con oportunidad de las discusiones sobre la novela histórica y las polémicas románticas, hace más de cien años por Del Monte, Heredia y el mismo Vicente López.

El libro de Carilla inaugura una colección que seguirá publicando la Facultad de Letras de la Universidad de Tucumán.

Luis Jaime Cisneros